La Teoría del «Apego» y la maduración de la fe¹

Paolo Ciotti²

Nuestra revista ya se ha ocupado³ del prometedor campo de estudios psicológicos que trata de aplicar la teoría del «apego» al estudio de la vivencia religiosa, que a casi 30 años de su formulación inicial por parte del médico y psicoanalista británico John Bowlby (1907-1980), está convirtiéndose en un punto de referencia importante en el panorama de los enfoques psicológicos.

Se presentaron las diversas modalidades con que el niño se apega a la madre (u otro *caregiver*) y los presupuestos que justifican las aplicaciones de la teoría del apego a la vivencia religiosa. Estos presupuestos son:

- ✓ Con ciertas condiciones y para algunas personas, la relación entre el creyente y Dios es asimilable a una relación de apego a los padres y a los compañeros afectivos.
- ✓ Se pueden evidenciar diferentes modelos de apego a Dios análogos a los encontrados en el apego a los padres, al partner y a otras personas significativos. En particular, se habla de relaciones basadas en un apego «seguro» o «inseguro»; el apego inseguro es verificable tanto en niños «evitantes» como en «ansiosos ambivalentes», los que, una vez ocurrido el desarrollo, serán definidos - respectivamente - adultos «distantes» y adultos «preocupados».
- ✓ Confrontando el apego a los padres con el apego a Dios, se pueden pensar dos hipótesis. La primera, sobre una correlación entre los dos apegos, en el sentido de una «correspondencia» (donde la calidad de la relación con los padres se vuelve un paradigma, positivo o problemático, desde el cual se programan otras relaciones). La segunda hipótesis, de «compensación» (donde el malestar provocado por una relación con los padres que no ofrece seguridad y apoyo, da origen a un estilo relacional

1 CIOTTI, Paolo, «Teoria dell' "attaccamento" e maturazione di fede» en *Tredimensioni* 7 (2010), 266-278. Traducción: N. Suárez por gentileza de Ma. Angélica Crovara, para el Curso de Supervisión, Acompañamiento Psico-Espiritual, UCUDAL. Montevideo, 2011.

2 Diplomado en el Instituto Superior para Formadores, docente de Psicología de la Religión en el Instituto de Ciencias Religiosas de Milán, consultor familiar.

3 BRUNO, S., «La costruzione dei legami di attaccamento nel rapporto uomo-Dio», en *Tredimensioni* 5(2008) 292-302. NdT: cfr. traducción ya realizada: «La construcción de vínculos de apego en la relación hombre-Dios».

que busca en los otros y en Dios, un tipo de sustitución compensatoria, un «factor de regulación de la ansiedad», capaz de limitar el malestar madurado en la relación parental).

A la luz de las más importantes investigaciones realizadas en los últimos años y disponibles en literatura⁴, nos guiaremos en la presente contribución con las siguientes preguntas formuladas desde el punto de vista del formador:

1. ¿Qué tipo de relación existe entre las motivaciones basadas en la búsqueda de protección y refugio, típicas del sistema motivacional del apego, y las motivaciones más generales que acompañan y hacen evolucionar la experiencia de creer en Jesucristo?
2. ¿Cómo observar y asimilar en nosotros mismos y en las personas que acompañamos en los diversos ámbitos educativos, las dinámicas descritas por la teoría del apego?
3. ¿Cómo aprovecharlas en el contexto de la educación hacia la madurez cristiana?
4. ¿Qué tácticas educativas se deberían desarrollar para un camino de crecimiento espiritual atento a las dinámicas psicológicas de la persona⁵?

Apego y experiencia de fe: no sólo protección

Medir el apego en los niños: ¿cómo se hace?

Los investigadores han realizado muchos protocolos experimentales para conseguir una medida confiable del apego infantil. El más famoso, y conocido como *Strange Situation*, fue ideado por Mary Ainsworth en los años 80. Prevé una secuencia de pruebas en las que el niño/la niña entra con la madre en una habitación y luego es dejado solo/a, junto a una persona desconocida (extraña) hasta el regreso de la madre. Las reacciones del niño/de la niña fueron catalogadas en tres grandes categorías: «seguro», «evitante» y «ambivalente». Una pequeña cantidad de niños no clasificables en estas categorías fue definida como: «desorganizados».

4 Dos ejemplos de bibliografía accesible: Cassibba, R., *Attaccamenti moltiplici*, Unicopli, Milano, 2003 (el texto analiza las posibles relaciones de apego del niño y su desarrollo en estilos relacionales del adulto); Aletti, M. - Rossi, G. (a cargo de), *Psicologia della Religione e Teoria dell'Attaccamento*. Aracne Editora, Roma, 2009. (El texto presenta las actas del Convenio organizado por la Sociedad Italiana de Psicología de la Religión, realizado en la Universidad de Milán Bicocca, en junio del 2007).

5 En los últimos años la investigación está considerando otros dos aspectos importantes: cómo los diversos estilos de apego se pueden conectar con los diversos estilos de personalidad (obsesivo-compulsivo, paranoide, histriónico, pasivo-agresivo...), y cuáles pueden ser las implicancias de todo ello en el trabajo psicoterapéutico. Una síntesis reciente del estado de la cuestión se puede encontrar en Attili, G., *Attaccamento e costruzione evolucionistica della mente*. *Normalità, patologia, terapia*. Cortina, Milán, 2007, pp. 323-362.

Nuestro experimentar comienza con la selección de percepciones e informaciones procedentes del exterior, que están de acuerdo con nuestras previsiones interiores, basadas en las memorias de los acontecimientos relacionales experimentados. Estas estructuras interiores (afectivas y cognitivas) que seleccionan y organizan las informaciones sensoriales son llamadas «Modelos Operativos Internos», y constituyen un tipo de predisposición a acostumbrarse al entorno y a controlarlo a la luz de la experiencia pasada. Tales modelos se elaboran en el curso de los años y quedan como estructuras relativamente estables en la vida adulta, contribuyendo a definir lo que se llama en el lenguaje común, el carácter o la personalidad de cada uno. Pueden ser sólo modificados a la luz de detalles e importantes experiencias emotivas y cognitivas, como una relación de amistad y/o de amor, una iluminación intelectual, una conversión religiosa, un tratamiento psicoterapéutico.

Los autores atentos a la perspectiva evolucionista en psicología han destacado la existencia de diversos «sistemas motivacionales» que representarían el producto de la evolución que permite a los individuos sobrevivir y adaptarse al ambiente. Así, además del sistema de apego, han sido señalados el de la regulación psíquica de las necesidades fisiológicas, el de la dedicación, el exploratorio-assertivo, el cooperativo, el competitivo-agonístico y el que lleva a la unión y a la reproducción⁶. El desarrollo cognitivo en psicología ha puesto sobre la mesa, a partir de los años '60, la importancia de muchas polaridades semánticas (por ejemplo, autonomía-dependencia, bondad-maldad, vencedor-perdedor...) que regulan percepciones y comportamientos ofreciendo sentidos y esquemas que conducen la experiencia cotidiana y que contribuyen a su desarrollo, y también a la génesis de la psicopatología⁷.

Por lo tanto, aplicar el modelo del apego al estudio de la génesis y a las dinámicas de la experiencia religiosa nos impone evitar un indebido reduccionismo de la experiencia religiosa, leyéndola como un simple sustituto de la necesidad de protección más o menos infantil presente en cada ser humano.

Eso no quita que algunas raíces de la experiencia religiosa se hundan en el terreno de las relaciones primarias y tengan que ver con el modo con el cual hemos sido cuidados y con las consecuencias que eso ha tenido en plasmar nuestro carácter. Pensemos por ejemplo: cómo nos relacionamos con Dios a través de la oración y otras prácticas, cómo seleccionamos e interiorizamos elementos de la doctrina, de la moral y del culto, cómo nos relacionamos con las referencias divinas (como la Trinidad, la Virgen, los ángeles y los santos), cómo gestamos las relaciones entre hermanos y hermanas de fe o hacia la autoridad religiosa. Todo esto también está signado por los modelos de apego que nos caracterizan.

6 Cfr. por ejemplo Lichtenberg, J.D., *Psicoanalisi e sistemi motivazionali*. Cortina, Milán, 1989/1995.

7 Un ejemplo de aplicación del enfoque cognitivo y del sistémico-familiar al estudio de algunas de las psicopatologías más difundidas se encuentra en Ugazio, V., *Storie permesse, storie proibite. Polarità semantiche familiari e psicopatologie*. Bollati Boringhieri, Turín, 1998.

En la experiencia cristiana de acercamiento a la fe, ¿qué valor se puede dar al sistema motivacional del apego? El análisis de los textos bíblicos - pensemos por ejemplo en el libro de los Salmos- podría destacar que en la relación del devoto con Dios también están implicados los otros sistemas motivacionales. También en Jesús podríamos encontrar expresiones que remiten a un apego al Padre que expresa necesidades de protección y defensa de los peligros («aleja de mi este cáliz») pero también de otros sistemas motivacionales. Un estudio del texto bíblico desde este punto de vista podría representar un interesante campo de colaboración interdisciplinaria entre teología y psicología.

Captar y asimilar los diversos estilos de apego en sí y en los otros

¿Cómo se mide el estilo de apego (a los padres, al partner) en los adultos?

Existen varios tipos de formularios self-report, en los que se pide a la persona que recuerde y valore su estilo de apego a los padres en la infancia o al partner en el presente. Sin embargo, el instrumento más complejo y más confiable es una entrevista semi-estructurada (una trentena de preguntas con respuestas abiertas administradas por el entrevistador) llamada *Adult Attachment Interview*. Con un complejo sistema de codificación que requiere video grabación e intervención de personal experto, se clasifican los contenidos, las emociones expresadas y la congruencia entre palabras, afectos y recuerdos.

El educador debería preguntarse qué tipo de apego a Dios está proponiendo a la gente: ¿progresivo o regresivo?. ¿Apego a Dios que responsabiliza o que infantiliza? Por ejemplo, una propuesta de fe que se base demasiado en su función de responder a las necesidades de apego de las personas, podría ser bien acogida en ciertos momentos de la vida como respuesta a acontecimientos luctuosos o a situaciones de carencia, pero si no se tocan otras teclas de la motivación humana, ¿cómo podría hacer progresar y desarrollar al sujeto, una vez que se hayan solucionado sustancialmente los problemas y las necesidades más urgentes?

Además, ¿cuál es el modo de apego del educador mismo en el momento del peligro? Es importante que el educador posea suficiente conocimiento de sí para darse cuenta de su modo de apegarse y de apegar los otros a él. Podría reconocer, por ejemplo, su rechazo a vivir un acercamiento afectivo real, al que su modelo de apego distante se resiste, o bien el deseo de encontrar en alguna persona ayuda, reconocimientos y consuelo, para curar sus propias inseguridades y soledades. Intentemos delinear algunos aspectos de los diversos estilos de apego para facilitar la posibilidad de asumirlos en nosotros y en los otros.

Estilos de apego

Advertimos fuertemente la necesidad de apegarnos a los otros cuando estamos en una situación de peligro, vivimos una separación, atravesamos tensiones o constatamos nuestra desproporción ante los desafíos de la vida. La necesidad de apegarse se manifiesta de muchos modos: con comportamientos de llanto, dolor, rebelión, o bien cerrarse en sí mismo, melancolía, desesperación, ansiedad que lleva a buscar ayuda en quien está alrededor...

Apego seguro-libre

La persona con un apego de tipo seguro-libre reacciona a las dificultades con dolor, rebelión, tensión y miedo. No niega el dolor, y en el período siguiente normalmente logra superar el drama buscando y encontrando refugio y consuelo en figuras humanas y/o divinas a las que sabe dirigirse con confianza realista. Está afligida, pero también sabe aceptar el consuelo de los otros. Después de la tempestad, encuentra la capacidad de vivir aceptando e integrando la pérdida padecida. La vida continúa y encuentra suficientes razones y fuentes de esperanza para sobrevivir.

Recientemente han sido propuestas dos modalidades de estilo seguro. La primera es «nativa», es decir, se refiere a una relación suficientemente positiva con las figuras de apego durante la infancia. La segunda es definida «ganada», propia de quien, a pesar de los modelos iniciales inseguros, ha sido capaz de experiencias constructivas (afectivas, de amistad, de implicación religiosa) que lo han llevado a una posición más equilibrada, de mayor confianza en sí y en las otras personas significativas.

En la relación con Dios, la persona segura sabe expresar dolor, pero también protesta y rabia, especialmente frente al sin sentido de la experiencia angustiante o del mal. Está disponible para ir más allá de su punto de vista inicial, y para encontrar razones y motivos de esperanza, re-elaborando los hechos a la luz de expectativas positivas sobre la posibilidad de ser socorrido y ayudado, y madura una nueva imagen de sí y de Dios.

Apego inseguro-distante

Esta modalidad es propia de quien afronta las pruebas con una baja integración entre dimensión afectiva y cognitiva⁸, porque apunta mucho a las reacciones de tipo intelectual dejando de lado las afectivas. A menudo proviene de padres que fueron capaces de proveer lo necesario en forma material, pero

8 Hago referencia al modelo propuesto en Crittenden, P.M., *Attaccamento in eta' adulta. L'approccio dinamico-maturativo dell'Adult Attachment Interview*. Cortina, Milán, 1999.

que fueron menos hábiles para responder a las exigencias emotivas de reconocimiento, afecto y estímulo. Así, la persona distante ha tenido que aprender a actuar sola, con la sensación de que no hay realmente nadie en quien pueda confiar. El niño distante aparece más maduro para la edad que tiene, se queja poco, se basta a sí mismo. Pero todo esto no es signo de madurez precoz, sino de un evitar defensivo para sobrevivir y soportar el dolor de la falta de protección padecida.

En la experiencia de fe, este tipo de joven o adulto puede reaccionar al sufrimiento negando el dolor y amparándose en la dimensión intelectual. Medita mucho, está muy atento a la corrección de sus respuestas, pero practica poco la oración de intercesión y de abandono contemplativo. También el activismo puede ser expresión de esta actitud fundamental de «hazlo-por-ti-mismo» al superar los momentos de sufrimiento y peligro. En el acompañamiento espiritual la persona distante se sentirá indigna de pedir ayuda al guía o tendrá fantasías de no ser recordada y comprendida, desaparecerá por meses, y a lo mejor no le comunicará experiencias - incluso graves - de sufrimiento que prefiere afrontar sola. Las otras personas sentirán un malestar que las detendrá a favorecer el acercamiento e intimidad, provocando en la persona distante, la confirmación de sus expectativas implícitas de no encontrar ayuda.

Apego inseguro-preocupado

Se trata de una evolución del estilo del niño clasificado como «ansioso ambivalente», generalmente cuidado por personas poco confiables, en el sentido de que le ofrecían cuidados de modo intermitente y más centrados sobre sus necesidades de adultos que sobre las del niño. Por ello ha aprendido que para atraer la atención, el lenguaje más eficaz es el de gritar, hacer caprichos o seducir. Al contrario del distante, este adulto privilegia la dimensión emocional sobre la cognitiva. En las dificultades, amplificando las emociones y los problemas, se prefiguran escenarios excesivos con respecto a una valoración racional compartible con otros, y se espera un rescate de tipo milagroso por parte del amado-odiado salvador. El odio se explica con la rabia causada por la falta de comprensión y sensibilidad manifestada por la figura de apego que no entendía sus señales de ayuda.

En la vida de fe va en busca de experiencias emotivamente intensas, dirigidas a tener cerca a Dios y a buscar su protección; es el tipo tendencialmente mágico (es decir, bajo el poder del deseo del creyente). Tiene fuertes altas y bajas espirituales. Percibe a Dios en forma alternada como poco confiable y lo rechaza, o bien como presencia salvadora de la cual pretende un signo que todo lo resuelva.

Si en la fase aguda de un luto puede ser normal actuar así, un estilo habitual de este tipo lleva a excesos, en los que la dimensión emotiva y subjetiva se vuelve el criterio de verdad de las experiencias religiosas, mientras que la dimensión de proyectos y la intelectual son dejadas de lado. Algunos santuarios y ciertos modos de celebrar la devoción popular bien se prestan para atraer a

personas que viven la fe según esta modalidad.

Apego desorganizado/no-solucionado

Una última tipología de apego residual (cerca del 2% de los niños) ha sido definida «desorganizada». Los adultos que presentan características similares son clasificados como «no-resueltos». Se trata de situaciones extremas, inicialmente conectadas por los investigadores a estados patológicos graves como abusos y abandonos. Estos niños parecían no haber tenido tampoco la posibilidad de desarrollar un estilo estable de reacción a pérdidas y sufrimientos. Los comportamientos no eran clasificables de modo homogéneo, sino confuso y contradictorio; no eran para nada organizados.

Estilos de apego y educación en la vida cristiana

Medidas de apego a Dios

Los investigadores han pensado en muchas modalidades para recabar una medida del apego a Dios en sujetos creyentes que se supone han construido con su divinidad una relación suficientemente íntima y significativa. Se empezó (en 1992) con formularios *self report* como el indicado en el mencionado artículo de S. Bruno (pp. 298-299), complementándolos luego con instrumentos cada vez más sofisticados como listas de adjetivos con los cuales definir su imagen de Dios, situaciones experimentales que tratan de inferir actitudes implícitas, bajo el nivel de la conciencia, para prevenir errores de complacencia y adecuación a las expectativas de los investigadores. (Cfr. sobre esto Granqvist en Aletti y Rossi, cit.).

¿Qué posibilidades y cuáles problemas presenta el estilo de apego con respecto al surgimiento y a la maduración de la experiencia de fe? Los investigadores procuraron verificar empíricamente si entre el apego a los padres (percibido y medido retrospectivamente en la edad adulta) y el apego a Dios exista alguna correlación, y encontraron confirmaciones de ello, tanto en el sentido de correspondencia como de compensación⁹.

Correspondencia entre apegos inmanentes y religiosos. En una reciente investigación italiana de la universidad de Bari¹⁰ los resultados enseñan que una

9 Para una síntesis de las investigaciones y del estado de la situación cfr. Kirkpatrick, L.A., *Attachment, Evolution, and the Psychology of Religion*. Guilford, Nueva York, 2005.

10 Cassibba, R. - Costantini, A. - Convertini, D. - Gatto, S., *La relazione con Dio come esperienza di attaccamento: un confronto tra cattolici religiosi e laici*, en Aletti, M. - Rossi, G. (a cargo de) *Psicologia della religione e teoria dell'Attaccamento*, cit, pp. 45-69. Una versión más completa y con mayores detalles sobre el aparato metodológico y estadístico utilizado para la recolección y

infancia vivida con padres cariñosos está vinculada a una imagen de Dios más misericordiosa y menos controladora, mientras que una experiencia de cuidado por parte de padres o tutores que rechazan, está conectada a una imagen de Dios menos cariñosa. Tales resultados parecen por lo tanto confirmar la validez de la mencionada hipótesis de «correspondencia». Pero la novedad de esta investigación está en el hecho de haber llevado por primera vez, a una interesante confrontación entre un grupo de religiosos (30, entre seminaristas, sacerdotes, novicias y religiosas) y un grupo de laicos dedicados al asociacionismo católico (30 personas). Después se confrontaron los dos grupos con un muestra nacional italiana media recabada en investigaciones anteriores. La comparación evidenció que los religiosos estaban más «seguros» hacia los padres y hacia Dios que los laicos, los que estaban exactamente en la media de la encuesta de la población italiana actual. Además, surgió una mayor cantidad de datos que confirma la correspondencia antes que la compensación. Eso significa - interpretan los investigadores - que los religiosos no parecen haber emprendido la vocación como una búsqueda de compensación, sino como expresión de una mayor disponibilidad de amor y apertura al prójimo y a Dios.

Compensación entre apegos inmanentes y religiosos. Pero las cosas no son tan simples. Otras investigaciones confirman la hipótesis opuesta: la de la «compensación». Se trata de investigaciones que muestran que donde la religiosidad está presente en sujetos portadores de un estilo de apego inseguro (por lo tanto diferente de la muestra de religiosos tomada en Bari, en la que prevalecen individuos seguros), la misma religiosidad «se desarrolla como estrategia de regulación del estrés, donde Dios funciona como un sustituto de la figura de apego para el individuo»¹¹. En particular, todos parecen caracterizados por una experiencia religiosa vivida con una función compensatoria: los que han experimentado una conversión inesperada en el curso de los últimos años, los que han aumentado la religiosidad durante experiencias que originan estrés, los que están disponibles a experiencias religiosas de tipo New Age. Otras investigaciones en cambio, no han encontrado correlación entre la calidad de los estilos de apego y los cambios de la experiencia religiosa en la adolescencia. Sin embargo, se nota que en presencia de la ruptura de una relación afectiva, un apego inseguro predice un incremento de la religiosidad adolescente. El campo de la experiencia en la relación romántica y el de la experiencia religiosa tienen que ser integrados para proveer un cuadro más preciso de los factores que predisponen o no a una experiencia religiosa a la luz del apego¹².

elaboración de los datos, se puede encontrar en Cassibba, R. - Granqvist, P. - Costantini, A. - Gatto, S., *Attachment and God Representations Among Lay Catholics, Priests, and Religious: A matched Comparison Study Based on the Adult Attachment Interview*, en "Developmental Psychology", 6 (2008), pp. 1753-1763.

11 Granqvist, P., *La religione dal punto di vista della teoria e della investigazione sull'attaccamento: prospettive generali e tendenze attuali*, en Aletti, M. - Rossi, G., (a cargo de), *Psicologia della religione e teoria dell'Attaccamento*, cit., p.35.

12 Granqvist, P. - Hagekull, B., *Longitudinal predictions of religious change in adolescence: Contributions from the interaction of attachment and relationship status*, en «Journal of Social and Personal Relationships», 6 (2003), pp. 793-817.

Experiencia religiosa: las vías de acceso son muchas

La conclusión que los investigadores nos ofrecen sugiere que las vías de acceso a la experiencia religiosa no pueden ser simplemente reducidas a la motivación del apego, ni como compensación ni como correspondencia. Partir con un apego seguro o inseguro no predice de por sí la presencia o ausencia de religiosidad, ni el estilo de apego a Dios. Existen otros factores que hay que tener en cuenta, como la presencia y la calidad de relaciones románticas y afectivas, la contribución de las relaciones tenidas en el contexto religioso y otras vicisitudes de vida, ligadas a las características individuales y a los acontecimientos singulares experimentados.

El educador debe por lo tanto reflexionar sobre el lugar que él da a las motivaciones de apego en su propuesta cristiana. ¿El Dios de Jesucristo es realmente asimilable a un Super-Caregiver, siempre pronto para ofrecer el refugio justo, la protección adecuada y el consuelo necesario a su fiel? No parece que el análisis de la Escritura y de la doctrina nos pueda confirmar una hipótesis similar. «Cree en Dios, confíate a Jesús porque él satisface todas tus necesidades» sería el criterio de una fe basada en el apego, un criterio absolutamente insuficiente para perseverar en ella. Si el creyente experimenta la mano protectora de Dios que le ha ofrecido refugio y consuelo, es porque el Dios bíblico lo quiere involucrar en la misión de anunciar el Reino, con una implicación de sí que llega hasta el regalo de la vida, como Jesús en la cruz, como los profetas y muchos testigos de la historia bíblica y cristiana.

Tácticas educativas a la luz de la dimensión del apego

Una vez que el educador se ha aclarado a sí mismo esta perspectiva, puede entonces identificar cuánta protección y qué tipo de protección dar a otra persona, cuál respaldo dar y cuánto, y en cambio, cuándo dejar a la persona sin ello, en la ausencia, en aquel «des-apego» que no puede ser superado con el pedido de esperar, sino con el empeño, esfuerzo, que hay que explicitar.

A continuación, ofrecemos algunas tácticas educativas, obviamente subordinadas al respeto de la unicidad de las situaciones y de las personas.

Apego seguro-libre

La persona que se podría clasificar como libre-segura en el apego, en los momentos serenos y plenos de su existencia tenderá a privilegiar un horizonte inmanente, estará segura de sus fuerzas y de la ayuda de los que la quieren de modo confiable. Quien está «seguro» no siente la necesidad urgente de dirigirse

a Dios.

Para que esta plenitud de la buena suerte no se cierre en una seguridad auto-suficiente, el educador podrá ante todo reconocer el gusto de la vida y favorecer una consciencia agradecida por lo que ha recibido, pero también podrá hacer preguntas sobre el paso posterior: ¿qué uso harás de esta seguridad y estabilidad afectiva? ¿Te abres o te cierras a los otros? ¿Qué tipo de calidad añade a tu proyecto de vida? En segundo lugar, con tacto, podrá favorecer el surgimiento de la memoria del límite y de un horizonte más vasto con respecto al sentido personal de valer y de protección, disponible por parte de las otras personas significativas: quien es «consolado» de algún modo estará «afligido».

En cambio, cuando la persona «segura» hace experiencia de tener mala suerte será necesario estar cerca de ella, pero sin hacerla salir demasiado rápido de la situación, y dejar que el tiempo elabore las fases del luto sin quemarlas (protesta, sufrimiento inconsolable, desesperación, aceptación progresiva, nuevo equilibrio de sí, mejoría de las expectativas hacia los otros y de la imagen de Dios). Aquí se trata de proponer aquel aspecto del amor de Dios que siempre sostiene pero no repara enseguida, aquel amor que no abandona a su fiel en el momento del sufrimiento y la cruz, incluso negándose al pedido natural de preservarlo mágica e ilusoriamente de todo mal. Eso estimula a la persona «segura» a ampliar su representación de Dios, generalmente reducida al rango de las otras figuras de referencia, siempre prontas a responder al grito de quien reclamaba vida y bienestar. Una experiencia de «ausencia» la pone en la situación de un apego a Dios sobre bases más oblativas y de interés por el Tú. En esta posición de libertad, alguien podría también no acoger a este Dios que se substrahe al grito del hombre que pide vida y bienestar, y que se propone en forma diversa con respecto a las expectativas humanas.

Apego inseguro-distante

El distante, lo hemos visto, tiende a aislarse y a buscar en sí (y sobre todo en sus pensamientos) la solución a los problemas de la vida, con la velada desconfianza de que los demás puedan venir a ayudarlo. Aunque el educador reconozca positivamente el sentido de autonomía y la capacidad de reacción frente a los desafíos de la vida, también tendrá que vigilar el carácter defensivo que tales actitudes esconden. La persona distante también exhibe actitudes responsables y maduras en la esfera religiosa, pero no se permite sentir la angustia humana frente a la pérdida, se cierra en una actitud de falsa fortaleza y minimiza la necesidad de ser consolada, todo reforzado también con motivaciones religiosas que hacen que ciertas actitudes parezcan responsables y maduras, pero que en cambio son defensivas. En este caso el educador tendrá que dar señales de una presencia que permitan manifestar el dolor ante la persona que siente y participa. No tendrá que caer en la trampa del modelo operativo de la persona distante. Si lo deja en su «madurez» de reacción, le refuerza la percepción de que no hay nadie confiable con quien contar. También a Dios, como antes a sus *caregiver* (cuidadores) humanos, sólo presentará su parte de

persona correcta, sintiéndose también con Él, indigno de amor si llora o pide consuelo y así, el círculo de la experiencia pasada - de no poder contar con nadie - se reproduciría sin transformaciones. El educador prudente que está en el vado, que no se deja atemorizar por la frialdad o por la brillante desesperación de la persona distante, podrá proponer un nuevo modelo de otro-confiable con el que permitirse ser y también compartir la parte emotiva.

Apego inseguro-preocupado

Visto que en este caso la reacción a las dificultades tiene una fuerte dimensión emotiva que prevalece sobre la cognitiva, el educador podrá utilizar el canal emotivo para entrar en empatía y proponer su cercanía y comprensión. Pero si solamente sintoniza en ese canal, se encontrará teniendo que ver con el desconsuelo de estas personas que nunca parecen tener bastantes atenciones y gestos de proximidad, y lentamente se crea un lazo entre el salvador y quien grita que está por ahogarse, donde ya no se comprende si es una vinculación que rescata o una para apegarse recíprocamente. Si luego, la diferencia de género marca la relación de forma sexual, se corre el riesgo que en forma progresiva se llegue a situaciones de enredo entre educador y educando. Muchas relaciones afectivas, y también inapropiadamente sexuales, nacen de una motivación de consuelo y compasión erróneamente expresada. También los matrimonios que nacen con el síndrome de «yo te salvaré» generalmente no tienen vida larga y feliz. El educador que quiera favorecer la transformación de la persona que parte con un estilo «preocupado» debería aprender a no dejarse impresionar y desestabilizar demasiado por la emotividad del sujeto. A diferencia del caso de la persona distante, acoger las emociones significa aquí contenerlas, después de haber sabido analizar las que superan el nivel realista. Se trata de ofrecer siempre una acción de soporte donde el educador sepa introducir la dimensión cognitiva en el maremoto de los sentimientos y de los afectos que se agitan en el corazón de la persona preocupada. No se oculta, asustado a veces por una emotividad fuera de control, pero tampoco se sobrestima, considerándose salvador insustituible. Se ofrece como roca sólida y presencia confiable, y al mismo tiempo, para no favorecer excesivas idealizaciones respecto a él, remite a Dios la solicitud de alivio y de consuelo de la persona «preocupada».